

RAFAEL MONTESINOS, POETA DE LA NOSTALGIA

Tal vez una venturosa conjunción de Sevilla y el nombre de Rafael, haya destilado la poesía de Montesinos; desde tiempos remotos Sevilla es tierra de grandes poetas, y por otra parte en la poesía española de estos últimos años, el arcaico nombre ha tenido extraordinaria fortuna; lo lucen gallardamente Rafael Alberti, Rafael Lasso de la Vega, Rafael Morales, Rafael Laffon, Rafael de León, Rafael Millán y nuestro Rafael Montesinos.

Achaque posiblemente ocioso sería en España dar una bibliografía más o menos detallada de Montesinos, pero será muy útil en nuestra patria, donde la joven y grande poesía española de hoy es prácticamente desconocida; las referencias suelen girar alrededor de Alberti, Aleixandre, Doménchina, Cernuda, García Lorca, etc. o sea la llamada generación del 25; Electo García Tejedor en su trabajo "La última generación de poetas españoles", Santa Fe, 1952, ni siquiera nombra a Montesinos.

Rafael Montesinos nació en Sevilla el 30 de setiembre de 1920 y breves días después fue bautizado en la misma pila en la que acristianaron al incomparable autor de las "Rimas". Con gracejo —aunque suponemos con cierto esmalte de orgullo— nos lo cuenta en uno de sus libros: "Cuando dos años después nació mi hermana Conchita, la bautizaron por expreso deseo de su madrina en una palangana de plata. Yo tuve

mejor suerte: mi madrina que fue mi abuela materna, no pudiendo costear tan lujoso recipiente, hizo que yo me diese de cara con mi nombre en la vulgar y democrática pila bautismal de San Lorenzo Mártir, donde 84 años antes fuera bautizado Gustavo Adolfo Bécquer". Desde 1941 reside en Madrid y al año siguiente publica "Resurrección", libro que el poeta radió totalmente (como Juan Ramón hiciese con muchos de los suyos) y lo considera fuera de su bibliografía, "por demasiado juvenil e impaciente"; padrino espiritual de ese libro es el andalucésimo don Manuel Machado que al frente de esas poesías escribió un romance "Ante el primerísimo libro de Rafael Montesinos". En 1944 aparece bajo el signo de la revista "Garcilaso" la primera de las obras "reconocidas" por el autor: "Balada del Amor Primero", que no está destinada a la venta, edición "para amigos", lo cual cae bien a este artista que ha elevado la amistad a categoría de culto. En enero de 1946, también por "Garcilaso" publica "Canciones Perversas para una Niña Tonta" y pocos meses después un gran libro: "El Libro de las Cosas Perdidas", con que "Halcón" de Valladolid inicia la colección; en esta edición se reedita la Balada del Amor Primero y se añaden otros poemas. Al finalizar ese año parte a Inglaterra donde visita sus célebres universidades, y de vuelta Portugal. A ello sigue "Las Incredulidades", en 1948, volumen 47 de la prestigiosa Colección Adonais, y en 1952 un libro en prosa: "Los Años Irreparables", en donde, por todos los costados aflora el poeta; constituyen verdaderos poemas en prosa esta recreación de su infancia andaluza (que el subtítulo "prosas en memoria de la niñez"); carece dicha edición de dos o tres páginas escritas por el autor, que, por razones que no son del caso recordar, fueron lastimosamente suprimidas; de paso diremos que, leyendo dos libros argentinos de recuerdos juveniles, Montesinos nos expresaba así su juicio: "...le diré que prefiero con mucho "Juvenilia" a "Córdoba del Recuerdo" y eso que aún no he terminado de leer el primero de los dos libros. La obra de Cané me parece más llena de vi-

da, más “resucitada” que la otra. Veo a Capdevila más académico, más frío. Incluso en el idioma está “Juvenilia” más cerca de nuestro gusto actual. ¿Sabe usted que este libro me recuerda mucho a “El Artista Adolescente”? El testigo es excepcional, teniendo en cuenta que es del mismo prosista de “Los Años Irreparables”.

En 1955 en ediciones “Cantalapiedra”, de Santander, da a luz un libro extraordinario: “País de la Esperanza”, sin lugar a hesitación alguna, una de sus obras más bellas y logradas, en donde el poeta alcanza plena madurez y se encuentra en la total posesión de sus elementos líricos; a algún tiempo antes, un bellissimo tríptico de sonetos —que después se incluye en el libro citado— obtiene entre 228 poemas, el primer premio de Poesía en el gran concurso convocado por la Revista “Ateneo”, de Madrid, concurso al que concurre prácticamente todo lo más granado de la joven y estupenda poesía española. Este libro notable —posiblemente el más hermoso de cuantos produjo su pluma— tangencia el Premio Nacional de Literatura de 1956, al quedar como finalista, premio que se adjudica entonces a Gerardo Diego; el mismo libro había sido señalado ya el año anterior por críticos notorios y reputados círculos literarios para obtener idéntica laurea; tampoco entonces se lo eligió; se lo declaró desierto; posiblemente razones extraliterarias decretaron la preterición... pero dejamos constancia que la sospecha va exclusivamente por nuestra cuenta. En noviembre de 1956 en la Colección “Más allá” de Afrodisio Aguado, bajo el título “La Sociedad y los Días”, aparece una antología poética con selección de las obras ya citadas y en octubre de 1958 un libro en el que se reeditan todas las rutilantes condiciones del poeta: “El Tiempo en Nuestros Brazos”, gran obra que hace juego por su alta calidad lírica con “País de la Esperanza”, con este libro halla satisfacción a pretéritos agravios: obtiene el “Premio Ciudad de Sevilla” (que se acuerda por vez primera a poesía, ya que la vez anterior fue dedicado a novela) entre 94 libros presentados; aquí toma amable revancha de Gerardo Diego, quien

entre los ocho últimos queda eliminado, llegando al final otro hispalense: Aquilino Duque; a este galardón (además de cincuenta mil pesetas, es decir uno de los premios mejor dotados de la Península) le sigue el otro que rozara ya en dos ocasiones, el Premio Nacional de Literatura de 1958. El Premio Ciudad de Sevilla demuestra que no siempre es cierto aquéllo de que nadie es profeta en su tierra, y sus victorias en importantes certámenes sirve para rebatir a quien irónicamente afirmaba que los que escriben versos podían dividirse en *poetas* y *premiados*; he aquí a alguien que logra recompensas y es denso, auténtico poeta.

Hemos afirmado ya, desde el título, que Montesinos es el gran poeta de la nostalgia; su obra íntegra parece cruzada por ella en mayor o menor grado, y en ese sentido pocos poetas en castellano podrán lucir una unidad tan monolítica en su obra, y en cuanto al motivo vertebral de su cántico —la nostalgia— nadie lo ha cantado en manera tan cabal, con tanta hondura y en tan variados matices; equivocado estaría quien creyera encontrar en ello monotonía, porque así como un cuerpo puede partirse en mil pedazos, la suave nostalgia de Montesinos, es su propia vida, la lleva ínsita en su alma, se advierte que es de su esencia, consubstancial consigo, y él la descompone como se separa un solo rayo de luz en maravillosa dispersión de haces luminosos; casi todos sus títulos están demostrando lo que decimos: *El Libro de las Cosas Perdidas*, *Canciones de las Últimas Nostalgias*, *Balada del Amor Primero*, *Los Años Irreparables*... El es el trovador insuperable de aquellas emociones que fueron; los años infantiles, los primeros amigos, el barrio que presencié nuestros juegos, el advenimiento del amor, todo aquello que se va para siempre, irreversiblemente, pero que nos deja cauces tajantes que a veces informan el resto de la vida; y si la Academia en una de sus acepciones define la nostalgia diciendo “pesar que causa el recuerdo de algún bien perdido”, preferimos el concepto que de ella diera un gran profesor de Derecho en nuestra Córdoba, además fino hombre de letras: “nostalgia es imagi-

narnos presentes en un pasado que hemos vivido”, y en ese pasado que tal vez constituya el más auténtico presente, es donde halla Rafael Montesinos la eterna fontana de su fresca y natural inspiración. Al través de la lira de Montesinos corre un soplo de romanticismo, y de ello debemos congratularnos: “Quién que Es no es romántico?” había dicho con sin igual hondura el genio de Nicaragua; por cierto que no es —no podría serlo en esta época en que alunizan cohetes— un romántico lacrimoso y al estilo del siglo pasado, pero tiene de ellos no sólo la espontaneidad y soltura, si no un rasgo de lo más característico: pone el sentimiento por sobre la razón y ese sentimiento lo vuelca en una poética de alta calidad lírica en las páginas de su ya nutrida producción. Pero esa melancolía, esa delicada tristeza que lleva en el alma, desde luego muy andaluza —laúd y guitarra, cante y casida— no significa ni transforma en pesimismo enervante; “detrás de las nubes brilla el sol” se ha repetido y por ello se adecúa bien entre sus títulos “País de la Esperanza”, donde está sutilmente un mensaje de afirmación y optimismo.

En los libros factor importante suele constituir el título, importancia que la destacó con elegancia suma el perillustre Rodó en memorable prólogo, cuando algunos no sabiendo ya qué censurar, derramaban sus arraigados prejuicios cuando no sus resentimientos, hasta en los títulos de las obras del pontífice del Modernismo; Montesinos ha puesto singular cuidado en ello lo que otorga una seducción que predispone favorablemente el ánimo y colocó varios libros al amparo espiritual de afortunadas frases de escritores insignes: “se canta lo que se pierde” decía Antonio Machado; “dulzura de los años irreparables” exclamaba a su vez Jorge Guillén, y el título de su obra más reciente, como se notará, está iluminado por el verso que cierra la *Epístola* portentosa: “antes que el tiempo muera en nuestros brazos”.

El lenguaje que utiliza el poeta es sencillo y llega rectamente al alma del lector; no pertenece a la categoría de aquellos a los que está de moda llamarlos *herméticos*, que necesi-

tan claves para descifrarlos y que muchas veces precisan largas explicaciones para que sepamos qué es lo que se quiere expresar en la maraña de una obscura criptografía, obscuridad en la que muchas veces se esconde —¿por qué no decirlo?— una enciclopédica indigencia de ideas, haciendo comparecer a nuestro ánimo la frase perteneciente a un pensador tudesco y que tanto agradaba repetir a Lugones, “hay gentes que enturbian las aguas para que parezcan profundas”; no necesitó por cierto el gran Antonio Machado recurrir a *palabras de diccionario*, como dicen los ingleses, para ser uno de los más sólidos poetas que produjo en todos los tiempos el mundo castellano; razón tenía su Maestro Darío, no sólo al llamarlo “luminoso y profundo”, si no al hablar de él en pasado, porque en vida ya lo consideraba, muy justificadamente, inmarcesible y eviterno.

Leyendo a Montesinos, fácil es rastrear las influencias que han gravitado en su obra, por lo menos las más notorias, pero el propio poeta nos ahorra la tarea, al manifestar textualmente en una entrevista que los maestros de su poesía fueron, “el pueblo andaluz, los poetas de la Edad Media española, Lope de Vega, Antonio Machado, Juan Ramón, Alberti, y eso que queda de Bécquer cuando se olvidan sus Rimas”; tentados habríamos estado de añadir el nombre de García Lorca (en la inteligencia de que no lo hubiese citado el poeta incluyéndolo en el pueblo andaluz), pero nos abstenemos, porque a confesión de parte, relevo de prueba, como decimos los leguleyos...

Pero es hora de que oigamos al poeta, aún cuando debemos declarar que no es faena sencilla seleccionar de entre sus poemas, ya que ha cincelado tanta joya que, para escoger sentimos vacilaciones; optamos sin embargo por uno de los más conocidos, “A mi Antiguo Profesor de Preceptiva”, ya que está transcrito en la Antología de la Poesía Española, de Federico Sáinz de Robles y pertenece a “El Libro de las Cosas Perdidas”, porque en él lucen admirablemente las características que han hecho de su poética una de las voces más

originales de la generación de postguerra, y como bien observó alguien, con García Lorca y Rafael Alberti, pero por otros caminos, integra la trinidad de la poesía neopopular andaluza.

Francisco Sánchez-Castañar, ahora
que se nos va el invierno,
en esta primavera sin exámenes
que está llegando, quiero
recordarte y decirte tristemente
todo mi desaliento.
Ya nunca podré ser el que no quise
ser cuando pude serlo.

Corpus Domini nostri Jesu Christi
yo me acuerdo de un fuego
distinto por las venas, y en los ojos
el arrepentimiento.
La memoria del aire está en el aire,
la del sueño en el sueño.
La cigüeña en lo alto de la torre,
la torre en mi recuerdo.
La torre en mi recuerdo solamente.
¡Mi infancia está muy lejos!

Terrible profesor de Preceptiva
—traje cruzado y negro—
con tiza ibas cortando en la pizarra
las sílabas de un verso.
Los ojos se me iban, distraídos,
al naranjal del huerto;
el huerto aquél que a veces asomaba
a la clase —riendo—
por las altas ventanas ¿las recuerdas?
Más que tu voz, el eco
de tu voz me rompía en mil pedazos
la tentación del huerto.
(Póngase de rodillas, Montesinos.
¿Qué estábamos diciendo?)
Ya vez, entonces un endecasílabo
me valía un suspenso.
Yo prefería entonces, y quien sabe
si ahora lo prefiero

la paz aquélla que tenía el patio
perdido del Co'legio,
el patio sostenido por columnas
de mármol y silencio...

Terrible profesor de Preceptiva,
a mi infancia me vuelvo.
Me vuelvo, sí, porque también ahora,
por distraerme, tengo
de rodillas el alma. La esperanza
ayer tarde se ha muerto.
No culpo a Dios, ni a nadie, de mi vida.
Tuvo la culpa el viento,
que no me borró un nombre en esta negra
pizarra de mi pecho.

Muchas son las excelencias de este poema, aquélo de “la memoria del aire está en el aire, etc.”, de clara reminiscencia becqueriana, es bellissimo, y el poeta, como extasiado al pensar en sus años niños remata con espontánea exclamación, “mi infancia está muy lejos!” en otro poema „al recordar las campanas de Santa Clara, íntimamente unidas a su niñez, contrasta el devenir de su existencia con la eternidad —aunque sea relativa— de ellas, así como también la imperturbable “indiferencia” de esos broncees ante los caminos del destino humano:

I aunque yo dejo de amar,
campana de Santa Clara,
tú siempre sonando igual.

Al referirse al ilustrado profesor sevillano, en una sola línea hace un retrato completo cuando, haciendo prodigio de síntesis nos dice “traje cruzado y negro”, nos dá una idea más completa —y no sólo de su exterior— que una minuciosa descripción. Igualmente cuando expresa “...el patio sostenido por columnas de mármol y silencio”, es de sin igual acierto; la combinación de un elemento material, el mármol, y una cualidad no sólo imponderable si no negativa, el silencio, es

de insuperable armonía y equilibrio; otorga una sensación de sosiego y reposo.

De su libro “País de la Esperanza”, es el soneto titulado “A Marisa, rodeada de arcángeles”, dedicado a su gentilísima esposa, que forma parte del tríptico premiado por la Revista “Ateneo”.

Otra vez, ala negra, el desaliento
terco cuervo que cruza por mi frente,
encorvándome, torvo, de repente,
hacia la tierra el alto pensamiento.

I otra vez la tristeza, negro viento,
aullando por un pecho diferente
al de ayer: este pecho que no siente
su dolor, de tan dado al sufrimiento.

Pero te tengo a tí, mujer, ahora,
paisana de mi pena y mi alegría,
alma que de mi alma se enamora.

Bajo tu planta el cuervo está vencido,
y por dentro me va la letanía
del cielo que me tienes prometido.

El autor demuestra habilidad y gusto con la incorporación al final, del segundo verso del inmortal soneto anónimo “A Cristo Crucificado”; Montesinos no desdeña procedimiento alguno que dé belleza y originalidad a su poesía, como en el ejemplo siguiente que figura en un artículo del gran hispanista Charles David Ley (que trasegó al inglés algunos poemas de Montesinos), que por no haberlo hallado en los libros que tenemos a mano, suponemos fue extraído de “Resurrección”:

Por que venció a los siglos —el nombre que te de-
[bo,
aunque ya no hay castillos— ni princesas que
[aguarden,

las lanzas perdieron —su brillo ante la pólvora,
te juro por la Cueva— que lleva nuestro nombre,
de non fazer más coplas— d'amor, hasta que en-
[cuentre
la princesa que fable a mis cinco sentidos.

Como bien observa Mr. Ley (Some Spanish poets of today, en "Bulletin of Spanish Studies" April 1945) es muy eficaz la forma en que, al final introduce el poeta palabras del español antiguo.

No queremos concluir sin copiar un poema que integra su último libro; si bien consideramos que como conjunto (léase bien, como conjunto), "País de la Esperanza" es su más espléndida realización, no escasea por cierto la maestría en "El Tiempo en Nuestros Brazos"; como dijimos, a este libro pertenece esta elegía dedicada a su entrañable amigo el distinguido dibujante Carlos Pascual de Lara, fallecido en marzo de 1958; por todos conceptos es notable esta pieza, escrita con singular naturalidad (condición inseparable a la poesía de Montesinos), con el corazón transido de pena, pero sin acudir a truculencias las más de las veces contraproducentes, con admirable sentido de la proporción; cuando leemos a Montesinos hablar en este poema acerca de la muerte con tal suavidad, con palabras que se nos figuran acariciantes, nos representamos una imagen no esquelética y horrorosa de ella —sentido al cual, dicho sea en homenaje a la verdad, contribuyó en no poco el Cristianismo— sino ese concepto de aquellos helenos ilustres, que la esculpían a la manera de Artemisa, esa noción que captó Rubén Darío —"en su rostro hay la gracia de la núbil doncella"— con lucidez incomparable.

DESPEDIDA A CARLOS

El Tiempo entre tus brazos te llevaba,
Carlos, por las afueras de la vida,
esta alegre ciudad que un día acaba
de pronto, ensombrecida.
bombardeada por la Muerte, herida.

Arrabales de pena paseaba
mi alma mientras tanto;
suburbios donde el llanto
llueve un agua final, turbia, que moja
el asombrado corazón de espanto,
de angustia y de congoja,
al ver cómo te marchas.

Dime, ¿siente
tu pecho bajo el frío que lo para,
Carlos Pascual de Lara,
cómo se apaga todo de repente?

No consigo entender que tu ancha frente
de sombras para siempre ya se inunde,
que tu altura en la tumba se nos tumbe
tan repentinamente.

Qué cercanos aún aquellos días
(¡honda amistad del verso y la pintura!)
de antiguas alegrias.
Juntos en la ciudad de la hermosura,
¡Qué Giraldas al fondo me ponías!

Pero yo soy quien te retrata ahora,
quien te dibuja en el recuerdo, Carlos,
quien fija tu memoria y quien te llora.

Cuántos sueños, Señor, para dejarlos
en manos de la muerte.
Oh larga mano fría y despiadada,
que en Gloria nos convierte,
en polvo, en humo, en aire, en viento, en nada.

Definitivamente ya reposa
tendida sobre el suelo
tu madrileña gracia generosa.
Oh alegre amigo mío, oh mano inerte
que ayer pintó a la rosa
su inmarchitable olor, su luz hermosa.

Carlos, te digo adiós con un pañuelo
mojado con la pena de no verte.

¿Pintarás con tus ángeles el Cielo
por encargo de Dios?

Oh dulce amigo,
descansa en paz, mientras mi pena digo.

Rafael Montesinos es, sin duda, un gran poeta, de firme personalidad, cuya voz se alza original entre la maravillosa producción de la poesía hispana que hoy alcanza un florecimiento solo comparable —la afirmación es de Guillermo Díaz Plaja— a la del Sig.º de Oro. Ya anticipamos que su poesía no es la de los “raros”; efectivamente es todo lo contrario, es diáfana y límpida y llega sin esfuerzo, como deslizándose por suave pendiente, a los dintornos del alma, porque se eleva como los grandes árboles al espacio luminoso pero con las raíces bien hundidas en el suelo y la poética del hispalense está nutrida hondamente de su pueblo, dando razón así al gran Machado cuando ponía en boca de uno de sus personajes la frase, “en nuestra literatura todo lo que no es folklore es pedantería”. La guerra civil española se abre y cierra (lo observó bien Guillermo de Torre) con la muerte de dos inmensos poetas, García Lorca y Antonio Machado, el uno violentamente segado a la vista de sus queridas vegas de Granada, y el otro, tras el doloroso Calvario que tiene fin en Collioure; es un símbolo que verificó con elocuencia candente, que la razón, la hermosura y el amor, deben callar cuando toman la palabra los cañones; eso impidió que el genial autor de “Campos de Castilla” leyera el discurso que preparaba para su ingreso a la Academia Española; en esas páginas próceras, inconclusas —rota columna— que se publicaron por vez primera por el Hispanic Institute in the United States, se hacen penetrantes reflexiones sobre la poesía, con la gravitación que le concedía su estro; en una parte expresa don Antonio: “Cuando seguimos con alguna curiosidad el movimiento literario moderno, pudiéramos señalar a la eclosión de múltiples escuelas aparentemente arbitrarias y absurdas, pero que todas ellas tuvieron al fin un denominador común; guerra a la razón y al sentimiento, es decir a las dos formas de comunión

humana", y agrega con idéntica cenital claridad: "Cuando leemos a algún poeta de nuestros días buscamos en su obra la línea melódica trazada sobre el sentir individual. No la encontramos. Su frigidez nos desconcierta y en parte nos repele. ¿Son poetas sin alma? Yo no vacilaría en afirmarlo, si por alma entendemos aquella cálida zona de nuestra psique que constituye nuestra intimidad, el húmedo rincón de nuestros sueños humanos, demasiado humanos, donde cada hombre cree encontrarse a si mismo al margen de la vida cósmica y universal. Esta zona media, que fue mucho, si no todo, para el poeta de ayer, tiende a ser el campo vedado para el poeta de hoy". I si en esta ocasión recordamos las palabras del lírico insigne es, precisamente porque su paisano Rafael Montesinos es un poeta nativo, con alma, tan identificado y fundido con su pueblo, que al través de las cuerdas siempre tensas de su lira, vibra y canta el alma sin igual de Andalucía.

Este artifice del verso, que quiere a su Sevilla con la pasión con que quiere a las amantes, a guisa del rey Midas de la leyenda frigia, en milagrosa crisopeya, todo cuanto toca lo convierte en oro.

GASPAR R. BONASTRE

Mayo 1267, Corrientes



PITUCA
Xilografía de Juan Grela

